

Soma Morgenstern

El hijo del hijo pródigo

Traducción de Yolanda Bauer Arellano



Primera edición: octubre de 2008

Esta obra ha sido negociada por la Agencia Literaria Transmit

El editor agradece a María Madrid, Manuel Lobo y Christian Martí-Menzel
su intervención en la publicación de este libro

Título original: *Der Sohn des verlorenen Sohnes (Funken im Abgrund I)*

© by Zu Klampen Verlag, Lüneburg, 1996, 2008

© de la traducción, Yolanda Bauer Arellano, 2008

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2008
c/ Alberto Aguilera, 8. 28015 Madrid

www.funambulista.net

ISBN: 978-84-96601-91-1

Dep. Legal: B-50308-2008

Maquetación de interiores: José Ramírez

Cubierta y diseño editorial: Oriol Alcorta

Motivo de la cubierta: © de Théo Mey, Photothèque de la Ville de Luxembourg

Impresión y producción gráfica: Gramagraf

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

LIBRO PRIMERO

COMO UNOS MÁS DE LOS NUMEROSOS DELEGADOS del Congreso de los «judíos fieles a la ley», el gran terrateniente Wolf Mohylewski, salía hacia Viena. Era el Segundo Congreso Mundial y debía celebrarse en Viena en las primeras semanas de agosto de 1928, y por segunda vez, la comunidad judía de la capital del distrito había enviado como representante al maestro de Dobropolje, al que todo el mundo llamaba Welwel *Dobropoljer*. Welwel Mohylewski, miembro fundador del Movimiento de los judíos piadosos que se proponía conducir (y reconducir) a la judeidad hacia la santa enseñanza en el mundo entero, también tenía el encargo de solucionar algunos asuntos

pendientes, cometido éste que ya le había dado mucho quehacer en la capital durante la última semana de julio.

A Welwel Mohylewski no le gustaba ir a Viena. Había pasado en esa ciudad cuatro años como refugiado de guerra. Años de exilio, de miseria, de humillación, de desmembramiento: entre otros el desmembramiento del hogar que él mismo había fundado. En Viena vivían todavía la viuda de su único hermano, caído en la guerra, y su hijo, un sobrino de unos veintiún años, del que Welwel nada sabía y nada debía saber y del que sólo podía adivinar, con angustia, que estaría creciendo allá en la gran ciudad, ajeno a su pueblo, a su Dios, más alejado aún sin duda de Dios y de su pueblo de lo que había estado el renegado de su hermano en los últimos años de una existencia descarriada.

A Welwel Mohylewski no le gustaba ir a Viena, pero tan intensa y brillante era la luz de los objetivos del Congreso a sus ojos, tan grande era la luz de las esperanzas vinculadas al movimiento piadoso, que iba al Congreso con fervor. Y todas las sombras —que su desdicha y la de sus seres queridos habían proyectado sobre esa ciudad— no conseguían oponerse ni por un instante al viaje. A la espera de importantes consultas, veía acercarse el día de la partida, ensimismado, y ordenaba las tareas de la finca para los diez o quince días de su ausencia con la cachaza propia de un hombre acostumbrado a dedicarse a tareas más nobles. Pero a esa espera se le añadía una fiebre

secreta, que apenas tenía relación con el Congreso, una fiebre que subía día a día. Y cuando llegó el día de la partida, Welwel Dobropoljer entró en un estado de solemnidad, penetrado de angustia sagrada, como si ya no se tratara de acudir a un Congreso sino de enfrentarse a un periodo de días cruciales, como si tales días fueran los Días Terribles¹.

1.— Así se conocen los días de examen de conciencia entre el Año Nuevo y la fiesta del Yom Kipur.

WELWEL SE DESPERTÓ de buena mañana. El sol acababa de salir sobre la gran llanura de Podolia y acariciaba con sus primeros rayos los postigos verdes, mientras él se levantaba. Welwel, sentado aún al borde de la cama, cogió el vaso de agua que estaba junto a la escudilla en la mesita de noche, se humedeció los dedos de la mano izquierda y con éstos hizo lo propio con los de la diestra. El Lavamiento de Manos estaba hecho. Acto meramente simbólico, que el hombre piadoso efectúa al inicio de la jornada y que nada tiene que ver con el aseo del cuerpo, es una ablución para purificarse antes de la oración. Con los ojos cerrados, Welwel, que seguía sentado en el borde

de la cama, elevó la plegaria que da gracias al creador, desde su pecho todavía entumecido por el sueño: por el regreso del alma después de la migración del sueño; por la dicha de haber nacido judío y no —Dios no lo quiera— mujer. Ese murmullo breve, provisional, rápido, con el que el hombre piadoso aborda el día antes de llegar a la auténtica y verdadera plegaria de la mañana, la que la tradición atribuye a Abraham. Luego se aseó con más detenimiento para las garambainas de la vida en este bajo mundo, realizó una serie de tareas profanas con esa aplicación excesiva propia de la infancia, se vistió y acudió a la «habitación del abuelo».

En el oscuro pasillo, Pesje, el ama de llaves de la casa, fue a su encuentro, como si hubiera esperado toda la noche para comunicarle una cosa importante, y le dijo con un tono de simpatía afligida:

—El viejo Jankel no está nada bien de la cabeza. Ha cambiado de idea una vez más, y ahora ya no irá.

Welwel miró sin entender el rostro tristón de Pesje. Entonces cerró lentamente los ojos, como bajando la persiana ante aquella mujer pesada. Se preguntaba —¿cuántas veces tal pregunta había sumido a la gente de la casa en abismos de reflexión!— qué genio maligno podría haber inoculado en la dulce Pesje aquella manía de ser siempre la mensajera de las malas noticias; siempre, y sobre todo las de primera hora del día. Pesje también bajó los párpados. Y entonces saludó,

dio los buenos días, mientras seguía rumiando el asunto que tanto debía de haber alarmado a su amo, a juzgar por su aire entristecido. Pero éste ya se había distraído con otra idea: en el fondo ¿por qué ha de ser una mala noticia?, se decía. ¿Por qué durante estos días he intentado arrastrar a ese viejo lunático en mi viaje a Viena? ¿En qué podría serme de ayuda? Ese asunto, que se prohibía siquiera considerar, o aun esbozar mentalmente como un asunto serio, ¡pero que una vez más había causado impacto en el curso de sus pensamientos...! Y todo por el anuncio inoportuno de Pesje:

—¿Por qué te metes en cosas que no entiendes? —exclamó, enojado.

Pesje recibió el reproche como un regalo merecido y permaneció en su puesto. Encorvada, con el pecho hundido y los brazos delgados con las venas salientes cruzados sobre el vientre, seguía con la mirada, con esos ojillos apenados, al maestro irritado, e interpretaba cada uno de sus pasos que golpeaban las baldosas del largo pasillo como la continuación de una conversación interrumpida, en su opinión, demasiado pronto.

Pesje andaba más o menos por los cincuenta, casi la edad de su amo; servía desde hacía treinta años en la casa: la solterona, hoja seca en el árbol de Israel; el cuerpo huesudo, los rasgos acusados, la voz aflautada, todo se le había marchitado salvo el pelo pelirrojo encendido de sus bonitas trenzas que, al no haberse casado, al ser una señorita justamente, podía llevar

a sus anchas. La llamaban « Pesje Penalidad». Sin duda la cuidaban mucho en casa de los Mohylewski. Pero el mote le venía de que siempre estaba apenada por una cosa u otra. Por una nadería, o incluso por todo lo que pudiese ocurrir de alegre en la casa o en la finca. «Tenemos ahora mismo ciento veinte vacas lecheras esta primavera, ¡qué pena me da!», podía decir con aire de lo más afligido. O bien: «Welwel ha invitado a tres pobres al próximo sabbat, ¡mañana sacrificarán una ternera, qué pena me da!». No le inspiraba ninguna pena la ternera, amaba a los pobres, se sentía feliz y orgullosa de que pudieran comer a su antojo el día del sabbat en Dobropolje. Y sin embargo todo aquello la apenaba. Ella se atormentaba por la casa, por los asuntos domésticos, por el jardín, por la familia, por la buena marcha de la finca, por todo el pueblo. Dicha aflicción continua no perjudicaba su trabajo, ni sus momentos de asueto, que, al igual que su trabajo, tampoco se libraban de sus aflicciones. Hasta en las tardes del sabbat, cuando se sentaba vestida de negro en el jardín delante de la rampa de acceso de los carruajes y su mirada vagaba sobre la flores y los árboles, los prados y los campos, los cerros y los bosques, el estanque y los juncos, su pequeña frente se arrugaba y se retorció por la pena, y sus manos sin reposo parecían pesarla y sopesarla una y otra vez, como para trocar tal pesada pena. Unos años antes, siendo aún joven y guapa, el hermano de Welwel, Josef —Jossele, como llamaban familiarmente al que caería en la guerra, pero

cuyo nombre ya no debía pronunciarse en la casa desde mucho antes de la guerra—, una generación antes, el joven Jossele le había preguntado a Pesje, que ya se sentaba de aquel modo en el jardín, qué era eso que la apenaba tanto, y había recibido la respuesta aquella de la que tanto se habló: «¡Qué bonita es la colza en flor este año, qué pena me da...!». Por lo demás, fue también el pequeño Jossele quien le puso el primer mote a Pesje: «Pastel de miel en vinagre». El tiempo había consumido la existencia dulce de su ser y sólo había dejado lo de «Pesje Penalidad».

La voz de Reb Welwel zumbaba, murmuraba, cantaba en la «habitación del abuelo», abriéndose paso por la puerta y por las ventanas, y animaba aquella mañana tan tranquila, pero Pesje seguía inmóvil, soñadora, apesadumbrada, encorvada bajo el peso de sus pensamientos, bajo el fulgor de su pelo rojizo, en la ventana del pasillo: una *pena de fuego de bengala* que iluminaba la casa de los Mohylewski.

LA «HABITACIÓN DEL ABUELO» SE HALLABA en el ala izquierda de la vivienda, de una sola planta. No era la habitación más bonita pero sí la más espaciosa. Las paredes blancas estaban revestidas hasta media altura con un zócalo de la misma madera de pino, sin barnizar, de la que estaban hechos la tarima de láminas lisas y los pupitres para rezar dispuestos en ocho filas de a cuatro. En el centro de la pared del Este, la estrella de David, en filigrana dorada, brillaba sobre la cortina rojo oscuro que velaba la pequeña arca de la Torá. A lo largo de las otras tres paredes, desde el borde superior del zócalo hasta el techo, se alineaban estantes de libros de todas clases, desde gastados

libritos de oraciones, encuadernados con el llamado sistema de espejo, hasta grandes infolios con tapas de madera forradas de arpillera. En el centro del techo, sujeta con cadenillas de latón brillante, colgaba una lámpara en forma de rueda ornada de candelas de cera amarilla pálida, con formas más sencillas que las de los cirios blancos, esbeltos y acanalados del candelabro de siete brazos colocado en la pared del Este. Una luz verde oscura entraba por los cuatro ventanales que daban al patio. No tenían cortinas, no era necesario, pues tenían delante una masa compacta que ofrecía la naturaleza a modo de segundo muro de protección: los grandes robles de Dobropolje; el bosque, que en los otros dos lados de la casa se convertía en parque, en jardines, y hacia el Este, en huerto.

La «habitación del abuelo» era la sala de plegarias de la casa, la casa de plegarias del pueblo, la casa de plegarias de los judíos de la campiña circundante, donde, en cualquier época del año, e hiciera el tiempo que hiciera, se reunían allí los días de sabbat y los festivos para el oficio divino. El antepasado de Welwel, Reb Moshe Mohylweski, la había preparado y legado en su testamento para que se destinase siempre a la plegaria, y seguía siendo la «habitación del abuelo» para la cuarta generación, y lo sería quizá también para la quinta si..., si... Pero, ¿por qué vía darle a conocer a la quinta generación la existencia misma de la habitación?, y —si la cosa funcionaba—, ¿de qué modo enseñarle su significado, sin con ello avergonzar, y

hasta insultar a la vez a esta generación y a la «habitación del abuelo»?

Welwel había logrado disipar fácilmente el enojo por la torpeza de Pesje. Apenas la puerta se hubo cerrado detrás de sí, el estado anímico solemne y alegre de los últimos días se había adueñado de él por completo de nuevo, volcado como estaba en el viaje. Se quedó un momento absorto en sus pensamientos frente a una de las ventanas abiertas del «Muro verde», sorprendido de ver que había mucho rocío, tras una noche tan cálida, sobre la hierba y las ramas de los robles. Pero la visión del abedul, cuya frondosidad plateada en medio de los robles destacaba mojada contra el cielo, le indicó que había llovido por la noche, y se preparó para la plegaria.

Se envolvió primero en un gran velo vagamente amarillo, con rayas negras en los bordes, llamado manto de plegarias: empezaba ya a murmurar las palabras de introducción, y los labios se le movían con rapidez, con un apremio infantil, para su propia barba, en su rostro aún dormido. Sacaba el brazo izquierdo fuera de la manga del cafetán de reps de seda; en dos movimientos y agarrándola dos veces con la mano derecha, se subió la manga y se la sujetó en el hombro, dejando así el brazo desnudo para recibir las cintas de las plegarias que, tras ser sacadas de una bolsita de terciopelo y de ser saludadas con un versículo y un beso, fueron enrollándose en torno al brazo; y en un momento, con arreglo al número de vueltas

exactamente prescrito, al ritmo de las palabras del rezo, lo envolvieron desde la parte superior de la axila hasta la falange del dedo corazón. De inmediato, la segunda cinta rodeó la cabeza haciendo un nudo y la coronó, sobre la frente, con el estuche del pergamino que da fe, en versículos de la Escritura, de la alianza del Pueblo con Dios. Así, con la parte superior de seda azul del manto de plegarias sobre el estuche y los dos faldones del manto colocados sobre el vientre por encima de los hombros, estaba Reb Welwel, cual el corcel de Dios pertrechado para la plegaria.

¡Cuántos cánticos dirigía al Eterno! Cánticos antiguos y antiquísimos. Sobre músicas muy antiguas, antiguas y nuevas. Los cánticos más antiguos eran oscuros y de una pesada solemnidad. Son las melodías de las plegarias de *todos* los días: de la semana, del sabbat, y de las fiestas más importantes. Los aires antiguos eran a veces de una alegría extraña, muy vivaz. Como suelen serlo casi siempre los aires que acompañan las plegarias para el sabbat. Los más modernos tampoco eran realmente nuevos. Sólo lo parecían si se comparaban con los antiguos y antiquísimos. Así son los cantos ordinarios y la vestimenta de las plegarias para el mero día laborable. Son como la vestimenta de los judíos de esa tierra vilipendiada. Ropa que se pega al cuerpo inquieto, humillado, mal alimentado, por el que circula una sangre antigua y orgullosa; se talla según unos usos ancestrales de un país lejano, con sus colores,

sus pliegues, sus bolsillitos, sus parches y sus remiendos, y sin embargo está tan compenetrada con la tristeza eslava de ese paisaje que no se podrían ni imaginar separados lo uno de lo otro. El hombre de la plegaria entonaba esos cánticos como el pueblo canta sus canciones. No lo hacía a través de las notas, sino por la letra. Pues son cánticos humildes y sumisos como el pueblo; sin embargo los de la plegaria son una parte de Dios, son grandes y poderosos. Así, la melodía parecía a menudo deslumbrada por la gloria del Verbo, a tientas en la luz, sin lograr ver su sentido. «¡Vendrá el Redentor a Sión!; ¡vendrá a todos los de Jacob que se arrepientan de su rebeldía...!», exultaba el texto; y la melodía decía, quejumbrosa, igual que si llorara: «¡Mira qué bajo ha caído nuestro honor entre los paganos! ¡Nos execran y nos rechazan cual a mujer impura!». ¿Acaso se equivocaba la melodía? ¿O el hombre de la plegaria? ¡Regocijaos, oh justos, en el himno de loa compuesto para el Eterno, para los hombres íntegros...! El texto canta su verdad, la melodía solloza la suya: pues somos como espigas al viento, como corderos que van al matadero. Los días de sabbat, los días de fiesta, esas mismas plegarias podían revestirse de sus alegres ropajes melódicos; los de diario tenían más bien esas tonalidades, que son las del desamparo y el duelo, el duelo y la humillación.

A pesar de su carácter dulce y tranquilo, Welwel rezaba a la manera de los celotes que se enardecen en la plegaria; a

la manera de los jasidim: tal como lo había aprendido de su padre, siendo él niño. La voz de Judá Mohylweski, muerto desde hacía tiempo, seguía viviendo en las plegarias de su hijo. Y cada vez que Welwel —que aquel día tenía el corazón festivo por la cercanía de la partida— corría el riesgo de apartarse de la melodía, o incluso del texto, volvía esa voz de su padre, que elevándose —al igual que en un espacio oscuro un hombre se levanta y coge de la mano a otro que entra— hacía que la voz del hijo regresara al buen camino. La mente y el cuerpo parecían participar también en su fervor. Caminaba arriba y abajo por la habitación, como si los versos y las frases tuviesen una relación oculta con el espacio y éste se midiera en la medida precisa de cada cántico. Llegaba una palabra, saludada con una ligera inclinación del busto, como un buen amigo con quien uno cruza un sencillo saludo. Llegaba otra palabra, y el celebrante se detenía y ejecutaba una reverencia, como ante un trono invisible. Llegó un canto, que él acogió con un paso de danza saltarín, como se acerca uno al vencedor dichoso. Y llegó, y advino otro que Welwel, con los brazos abiertos, dolorosos, plañideros acompañó hasta el final, como se acompaña a un muerto. Una melodía aportó una nota, que fue exhalada como el suspiro de alguien que sueña. Otra hizo surgir otra nota que se liberó de su pecho, como el grito salvaje de un cosaco en la estepa. Una vez se hubo quedado inmóvil ante el primer armario de la Torá, se llevó a la cara la parte de

arriba del manto de las plegarias, como si quisiera aislarse con el trozo de tela cogida de esa paz en la que permanece Dios y, tras haber pronunciado el versículo, lanzó los brazos al aire y dio palmas con las manos, fuera de sí, como un niño que acaba de ver en el jardín un pájaro con unos colores nunca antes vistos. Para las dieciocho bendiciones se colocó contra la pared del Este. En el círculo mágico de los «tres pasos» se detuvo, con los pies encogidos de nuevo, conteniéndose en un suave abandono, como si una avecilla se le hubiese posado en el brazo izquierdo, ese brazo que llevaba los pertrechos sagrados. Después, el busto volvió a balancearse salvajemente, exuberante, a derecha, a izquierda, una y otra vez, y se inclinaba y se combaba como el junco al viento, como la hoja que va de acá para allá en la borrasca.

Había pasado más de una hora. Reb Welwel salió de la sala de las plegarias y volvió a pasar por el pasillo inundado con la luz del día. Parecía reanimado en cuerpo y alma como tras un baño tonificante.

